

de las futuras sinfonías (1), con sus partes de andante, allegro y minué.

La canción, que en realidad abarcaba todos los géneros poéticos líricos, como odas y elegías y también las canciones propiamente dichas, fué, con el baile, la gran fuente de inspiración de la música profana, y «alcanzó su punto de perfección con las colecciones de Costeley (1570) y de R. de Lassus (1576)... una nobleza, una distinción sin igual,» encontrándose á veces en ella algo así como el presentimiento de la armonía moderna (2).

Pero la verdadera regeneración de la concepción musical se debió á la renovación de la música católica (la misa del papa Marcelo fué escrita por Palestina en 1565) y, aun antes, á la creación de la música protestante. Poco á poco se introdujeron en la música la elocuencia y la elevación de pensamientos.

Después, hizose un primer bosquejo de ópera en Italia, en donde se representaron gran número de tragedias y luego pastorales, en las que iban intercalados en el texto declamado piezas de canto é intermedios de orquesta, y ocupaban gran lugar las decoraciones (3). Algo de esto se propagó á Francia: los «Encantamientos de Circe,» puestos en escena por el famoso Baltasar de Beaujoyeux (4) en 1581, son casi una ópera moderna con más música y canto que baile, y con solos, dúos y coros.

Preciso es reconocer que la mayoría de los músicos célebres de la segunda mitad del siglo XVI no fueron oriundos de Francia: el gran músico francés ó afrancesado, Jannequin, murió en 1559 y sus obras corresponden á la primera mitad del siglo; Palestrina era italiano; Willaert, Orlando de Lassus y Arkadelt, flamencos; y Goudimel, del Franco-Condado. Willaert vivió en Venecia; Lassus, después de una estancia en Italia, fué maestro de capilla del duque de Baviera. Pero Arkadelt, que formaba parte de la capilla pontificia romana, fué traído á la corte por los Guisa y recibió de Enrique II el título de «musicus regius;» Costeley fué organista del rey Carlos IX; y Goudimel, nacido en 1505, vino á París en 1555, pasó aquí una parte de su vida, y fué asesinado en Lyon cuando la matanza de San Bartolomé, como sospechoso de protestantismo (5). Las obras de todos estos artistas fueron, por otra parte, conocidas é impresas en Francia al mismo tiempo que en el extranjero.

Goudimel debe ser colocado, con Lassus y Palestrina, en la primera fila de los músicos del Renacimiento y fué el intérprete más potente del sentimiento religioso de los reformados; y aunque compuso cierto número de obras profanas (puso en música las odas de Horacio), deploraba que el arte estuviera corrompido por «lascivas, sucias é impúdicas canciones,» y quería cantar «las alabanzas del Creador.» Escribió motetes, misas y la música de los «Salmos» de Marot que excitaban el entusiasmo de los reformados.

(1) La cuestión es objeto de controversia.

(2) Laloy, artículo citado. Llama á Lassus con mucha exactitud «el maestro flamenco.»

(3) R. Rolland, *L'Opera avant l'Opera* («Rev. de París,» febrero 1904).

(4) *Ballet comique de la Roynie fait aux nopces de Monseigneur le duc de Joyeuse...* 1582.

(5) Bourcier, obra citada, págs. 323-330. Miguel Brenet, *Clau-de Goudimel; essai bibliographique*, 1898 (extractado de los «Annales fran-comptoises»).

Lejeune es un artista notable, pero la mayoría de sus obras fueron compuestas á fines del siglo; escribió música sacra y música profana: el *Dodecacordio* (salmos puestos en música) y una colección de canciones titulada *La Primavera*. En el prefacio del *Dodecacordio*, diserta sobre los estilos antiguos, dórico, frigio y lidio, y declara que quiere hacer una «música pausada y grave» en vez de las «modulaciones ligeras» de que están cansados, según él, los franceses. En esto vemos la reaparición del espíritu teórico del Renacimiento, que Lejeune aplicó de otro modo, ajustando algunas de sus melodías á la poesía metrificada de Baif ó de Ronsard, en las cuales, por otra parte, encontró deliciosas inspiraciones. Otro músico, Manduit, se entregó también casi por entero á esta nueva concepción (6).

Hemos dicho antes, á propósito de los arquitectos, que la arquitectura francesa de la segunda mitad del siglo XVI es original con elementos que no lo son; y este juicio podríamos aplicarlo á todo el arte de aquel tiempo. El conocimiento demasiado completo de la antigüedad y la excesiva preocupación de los modelos italianos hicieron desviar el estilo francés, y las artes decorativas sobre todo se vieron algunas veces sobradamente arrastradas en la senda de la imitación; pero los artistas verdaderamente grandes, y hubo más de uno, reaccionaron del mismo modo que los escritores y su personalidad pudo más que sus doctrinas. Un castillo, un palacio del tiempo de Enrique II y de Carlos IX no se parece á un palacio italiano, como no se parecían un castillo ó un palacio de la época de Francisco I; y jamás se confundirá á Lescot (tan clásico, sin embargo), ni á de l'Orme, ni á Goujón, ni á Pilón, con un artista de la Península contemporáneo de ellos.

LA FRANCIA DEL SIGLO XVI

En el período que comienza con las guerras de Italia y termina con el tratado de Cateau-Cambresis, el territorio nacional tuvo un pequeño aumento. Francisco I y Enrique II renunciaron á la soberanía, por otra parte más nominal que real, de Flandes y del Artois; pero en cambio Enrique II reconquistó Calais y adquirió Metz, Toul y Verdún. En el interior, continuó extendiéndose el real patrimonio, volviendo á la Corona casi todas las posesiones de la casa de Borbón y la Bretaña, los condados ó ducados de Alenzón, de Orleans, de Blois, de Angulema y de Valois, y desaparecieron muchos feu-

(6) He aquí un ejemplo del procedimiento del poeta completado por el músico. Baif escande del modo siguiente estos cuatro versos:

Vous me tuez si doucement
Avecque tourmans tant bénins
Que ne sçay chose de douceur
Plus douce qu'est ma douce mort

y Manduit compone su frase musical del siguiente modo:

Primer verso: 1 blanca, 2 negras, 1 blanca, 1 negra, 1 blanca, 1 negra, 1 blanca, y así sucesivamente, salvo, por supuesto, la substitución de una negra por dos semicorcheas, etc. H. Expert, *Jacques Manduit, chansonnettes mesurées de J. A. de Baif* (en los *Maîtres musiciens de la Renaiss. française*, fasc. 10). Varias piezas de la «Primavera» de Lejeune están compuestas también sobre versos medidos (la misma publicación).

dos por extinción; de suerte que desde 1492 á 1559 la unificación del reino hizo progresos considerables.

Lo que del feudalismo queda conviértese en nobleza de corte, y los señores á quienes la costumbre ó también sus funciones, cargos y pensiones retienen en ésta, dependen enteramente del rey. No hay más príncipes de la sangre que los Borbones, los cuales no se han re- puesto todavía del quebranto que les ocasionara la rebelión del condestable Carlos. La nobleza alta y media, que han sufrido una gran renovación después de medio siglo de guerras, no tienen gran arraigo en el país: si Montmorency se ha enriquecido y ha salido de la obscuridad, lo debe únicamente al favor real; los Guisa, rama menor de Lorena, tienen á la muerte de Enrique II á lo sumo una clientela, no un partido; y todos estos personajes están tan convencidos de que sólo al rey deben su fortuna, que toda su ambición tiende á procurarse alianzas en la familia real, y así Francisco de Guisa se casa con una nieta de Luis XII y Francisco de Montmorency con una bastarda de Enrique II.

El Concordato, consintiendo que el rey disponga de los mayores beneficios, ha puesto al clero en sus manos, de suerte que este «primer orden» del reino carece ya por completo de independencia. El Tercer Estado pierde la conciencia de ser un orden, si es que alguna vez la ha tenido, y queda reducido á unos burgueses diseminados por las ciudades.

El poder real, que ya de hecho es muy poderoso, tiene, además, en favor suyo á los teóricos: los humanistas le prodigan toda clase de lisonjas y los mismos calvinistas proclaman su legitimidad (1). Calvino sigue siendo lo que era cuando publicó la primera edición de la *Institución cristiana*, es decir, respetuoso con los poderes constituidos: «Si los que por la voluntad de Dios viven sometidos á príncipes y son sus súbditos naturales, transfieren esto á sí mismos (ó sea el sistema de gobierno libre que existe en algunos países) para verse tentados de hacer una revolución ó cambio, ello será una especulación no sólo loca é inútil, sino también mala y perniciosa.» Y añade: «Lo que repito muchas veces á fin de que aprendamos á no escudriñar cuáles son las personas á quienes hemos de obedecer, sino que nos contentemos con saber que por la voluntad del Señor están constituidos en un Estado al que ha dado una majestad inviolable (2).»

Du Moulin, que ciertamente no tenía el espíritu de sumisión, escribe un libro sobre «La excelencia del reino y monarquía de los Franceses,» y si bien dice en él que el rey no es propietario ni dueño absoluto (*dominus*) del reino, le reconoce, en cambio, los más extensos poderes de administración y sobre todo pone en sus manos toda la justicia, llegando á escribir la siguiente frase, explicable en una época en que tanto tormento daba lo que subsistía de los poderes locales: «Vivir bajo un rey soberano es la suprema libertad.» Antes que él, el jurista Grassaille, en un tratado publicado en 1538, atribuía al monarca veinte privilegios ó derechos generales y otros veinte particulares relativos á la Iglesia. Breche, otro jurista, había compuesto el

(1) G. Weill, *Les theories sur le pouvoir royal en France pendant les guerres de religion*. Introducción (Tesis de la Fac. de París, 1891).

(2) Véase anteriormente, pág. 378.

Manuel Royal (Manual Real) en 1544, y el *Premier livre de l'honneste exercice du Prince* (Primer libro del honrado ejercicio del Príncipe), dos obras inspiradas en un lealismo muy puro; y du Bellay decía: «Porque nada hay después de Dios tan grande como un rey de Francia.»

El embajador de Venecia, Miguel Suriano (3), hace resaltar esta situación privilegiada de los reyes de Francia: «En cuanto á la autoridad del que gobierna, digo que este vasto y poderoso reino, tan poblado, tan abundante en comodidades y en riquezas, depende por entero del poder del rey que es su jefe natural, amado y obedecido del pueblo y que dispone de una autoridad absoluta. El rey de Francia es rey por naturaleza, puesto que es antiguo y no reciente, y desde hace mil años y más no se ha conocido en este reino ninguna otra forma de gobierno. El rey sucede á la Corona no por elección, de suerte que no tiene que mendigar el favor del pueblo; no por la fuerza, y por consiguiente no ha de ser cruel y despótico, sino por el mismo orden que la naturaleza establece, de padre á hijo ó al pariente más próximo con exclusión de los bastardos y de las hembras.» Y añade que todas estas razones, la larga costumbre de ser gobernados por reyes y el convencimiento que tienen de haber nacido para obedecerles, explican la adhesión de los franceses á sus soberanos.

Dos circunstancias contribuyeron á esta grandeza y á este poder de la monarquía: en primer lugar, la lucha contra Carlos V y el papel hegemónico que éste reclamó más de una vez en virtud de su título de emperador. Los teóricos, movidos por el sentimiento del interés nacional, tendieron á engrandecer al rey de Francia y todos repitieron con insistencia que éste no tiene superior en la tierra y que es igual al emperador. Otro poder pretendía también una supremacía sobre los príncipes, el del Papa; pero los juristas preocupáronse constantemente de debilitarlo y proclamaron la independencia absoluta del poder temporal, y en esto está el sentido del galicanismo laico. Bien es verdad que poniendo al rey tan alto ante el extranjero se llegaba á colocarlo muy por encima de sus súbditos.

El feudalismo está aniquilado, pero existe en esta Francia monárquica una aristocracia, y la nobleza conserva inmunidades, privilegios, derechos feudales. Además ha aparecido la casta de los empleados, casta muy numerosa que se recluta en el Tercer Estado, el cual «participa de muchos honores y emolumentos comunes con los nobles, á saber, beneficios grandes, pequeños y medianos, empleos de judicatura, hacienda, cuentas, secretarías, lo que es para él muy ventajoso tanto para la autoridad como para el provecho. Y aun pueden llegar al estado de nobleza (al que siempre aspiran) por gracia y privilegio, prestando á la república algún servicio recomendable (4).»

Existen todavía fuerzas de resistencia á la realza: los parlamentos no han olvidado sus derechos ni sus pretensiones; el espíritu provincial subsiste vigoroso y lo propio sucede, en ciertos sitios, con el espíritu municipal; y los nobles alientan aún ambiciones y esperanzas. La nobleza media y la pequeña pueden facilitar soldados y jefes ambiciosos y facciosos (ya lo veremos

(3) Relato de 1561, en Tommaseo, obra citada, pág. 468 y siguientes.

(4) Le Roy, en Becker, obra citada, pág. 236.

en las guerras de religión), pero á la altura á que ha subido la realeza, esos disturbios no serán más que accidentes que retardarán el progreso de ésta para precipitarlo luego.

Por otra parte, el individualismo, que es uno de los rasgos más característicos del siglo XVI y que ha producido grandes personalidades en todos los géneros, debilitaba á la nación enfrente de la monarquía, diseminando los elementos de una oposición posible.

La monarquía no se vió, pues, amenazada por la fuerza de instituciones ó por el efecto de doctrinas en contradicción con sus pretensiones; sin el desencadenamiento de las pasiones religiosas, su progreso habría sido tan regular durante la segunda mitad del siglo como durante la primera.

En una palabra; si consideramos las condiciones generales de la vida política y social durante este período, vemos simplemente que continúa la obra desde hacía largo tiempo comenzada: entre la Francia del siglo XV á la del XVI no hay solución de continuidad.

Tampoco hay revolución religiosa, puesto que Francia no se ha convertido á la Reforma; pero en cambio hubo una verdadera revolución que los franceses trajeron de Italia, en lugar de las conquistas que allí buscaban, y fué el Renacimiento.

Suscitó éste en primer término un gran movimiento de ideas, una ampliación de horizontes para los espíritus, nobles curiosidades, la pasión de saber; conociéronse muchas más cosas del pasado, adquiriendo el sentido de la historia, es decir, de la actividad humana siempre en transformación; y se aprendió que el mundo era más vasto y más variado en el tiempo, del mismo modo que acababa de revelarse más extenso en el espacio. Y de este modo, los espíritus fueron preparados para comparar, razonar y juzgar; y una de las grandes novedades fué que el pensamiento se hizo, sobre todo, laico, ó cuando menos, que los dominios del pensamiento laico y de la concepción religiosa quedaron separados.

Es indudablemente un gran siglo en la historia de nuestra literatura y de nuestro arte el siglo de Rabelais, de Ronsard, de Montaigne, de Lescot y de Goujón, cuyas obras fueron bellas y son perdurables; pero la tendencia exagerada á buscar en la antigüedad ó en Italia la dirección única de las inteligencias no tardó en estrechar el horizonte que el primitivo Renacimiento había ensanchado; el clasicismo tendía nada menos que á suprimir todo lo que no era Roma ó Grecia. La concepción de un bello ideal puesto fuera de las realidades ha arrojado á los espíritus á la abstracción de una doctrina inmóvil y durante más de dos siglos los retendrá en ella: el clasicismo de Enrique II, el de Luis XIV y el del Primer Imperio son idénticos en sus teorías (2); de modo que el Louvre podrá ser continua-

(2) L. Courajod, *Leçons professées à l'École du Louvre* (1887-1896) (publ. por Enrique Lemonnier y Andrés Michel), t. III, *Origines de l'art moderne*, 1893.

do dentro del mismo espíritu al través de las relaciones separadas por siglos.

Además, la porción enorme señalada á la literatura y al arte hacía que se descuidaran ó desdeñaran todas las demás preocupaciones, naciendo entonces un dilettantismo tanto más altanero cuanto que las obras no estaban hechas y no eran inteligibles más que para una parte de la nación, la cual se consideraba como un grupo de escogidos y quería aislarse del vulgo.

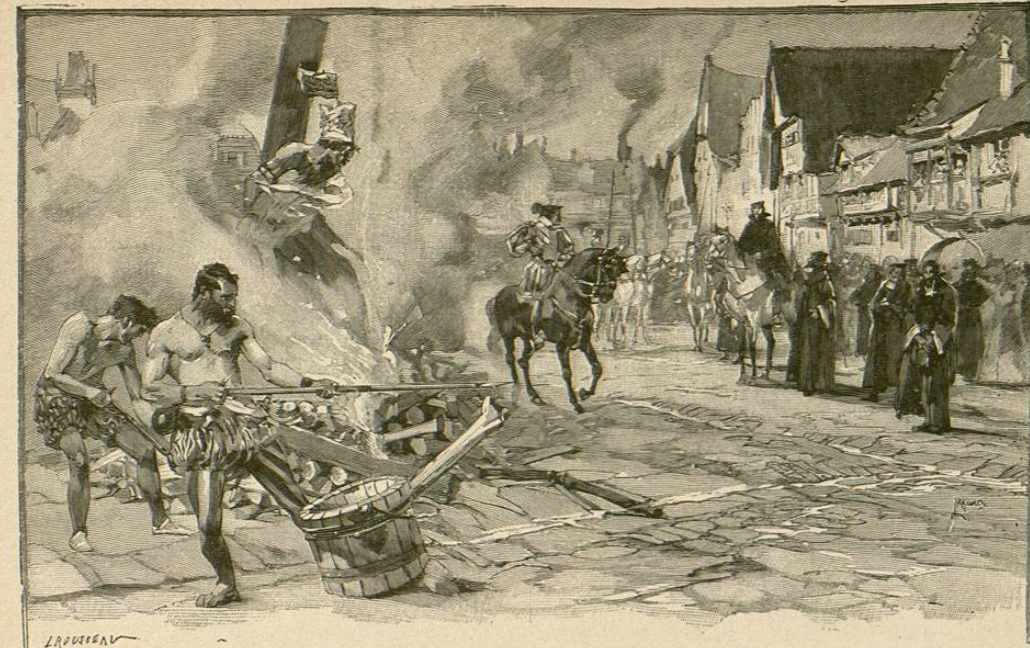
De esta suerte se preparó el «hombre honrado» del siglo XVII, nutrido en el culto de los antiguos, formado por una educación puramente intelectual, apto para concebir un cierto ideal de belleza literaria y artística, pero cerrado á toda concepción que no fuese clásica, poco curioso, las más de las veces, de conocimientos científicos, tan incapaz, por ende, de comprender á Shakespeare como de interesarse por Newton, indiferente á los problemas políticos y sociales, desdeñoso de las cuestiones industriales y económicas, y aislado en la esfera del pensamiento puro y en el mundo antiguo en que se encierra. Para él, Europa sigue siendo la de los griegos y romanos y América no ha sido descubierta.

Para juzgar á este elegante mundo intelectual, en el que aún hoy en día nuestra educación concentra nuestra acción, es necesario indudablemente tener en cuenta las circunstancias generales y, por ejemplo, el progreso de la autoridad real que acaparó toda la vida pública; pero siempre resulta que el clasicismo formó espíritus dóciles á esta autoridad y los predispuso á enosas indiferencias.

Finalmente el latinismo de que estaba impregnada toda la doctrina hizo de Roma la gran escuela no sólo estética, sino también social y política, y la Francia moderna desconoció durante mucho tiempo una parte de sus orígenes y se olvidó de que sus instituciones nacionales procedían casi todas de la Edad media, en la que existían quizás algunos principios de libertad ajenos al imperialismo romano.

El Renacimiento, que no parece interesar en un principio más que á la educación puramente intelectual, acabó por cambiar algo en nuestra historia.

Pero en este mismo siglo XVI hemos encontrado obras que no contenían belleza alguna, que no eran propias para satisfacer las inteligencias enamoradas de un ideal estético elevado y que, sin embargo, han contribuido á enlazar la Francia del pasado con la del porvenir, ó á preparar obscuramente el espíritu moderno: lo mejor de Rabelais ó de Montaigne está en el sentido de las realidades, que conservan, á pesar de su educación clásica; Du Moulin está mucho más cerca de los renovadores del derecho que Cujas; Ramus tiene afinidad con algunos espíritus libres del siglo XVII y con los filósofos del XVIII; y los estudios de historia nacional de Pasquier, de Bodin y de Hotman, anuncian á Montesquieu y á Rousseau.



Suplicio de Miguel Servet en Ginebra 1555)

LA REFORMA Y LA LIGA.—EL EDICTO DE NANTES (1559-1598)

POR JUAN H. MARIEJOL, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE LYÓN

LIBRO PRIMERO

PRELUDIO DE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

CAPITULO PRIMERO

REINADO DE FRANCISCO II (1559-1560)

I. El gobierno de los Guisa. — II. El tumulto de Amboise. — III. Asamblea de Fontainebleau. — IV. Los Guisa contra los Borbones.

I.—El gobierno de los Guisa (1).

Francisco II era mayor de edad, pero sus quince años, su inexperiencia y el estado delicado de su salud le impedían ejercer el gobierno por sí mismo. Las simpatías de su joven esposa, María Estuardo, designaron á su elección á los dos hombres que habían de gober-

nar en su nombre; y como sobrina de los Guisa, creyó que á nadie mejor que á los hermanos de su madre podía confiar los intereses de su marido y los del reino. Francisco de Lorena era el mejor guerrero de su tiempo; Carlos, cardenal de Lorena, había intervenido en los asuntos más importantes, y por haber sido negociador en Cateau-Cambresis y miembro muy influyente del Consejo del Rey, era el más indicado para continuar la política de represión religiosa y de alianzas católicas que él mismo había inspirado ó aplicado.

Era costumbre que á cada advenimiento de soberano el Parlamento nombrara á algunos de sus miembros, «los de más viso,» para felicitar al nuevo rey y para oír de labios de éste á quién debía aquél dirigirse «en lo

(1) FUENTES: H. de la Ferrière, *Lettres de Catherine de Médicis*, I, 1880, «Collection de Documents inédits sur l'histoire de France.» *Mémoires-journaux du duc de Guise*, Michaud y Poujolat, I, 2.ª serie, VI. *Mémoires du prince de Condé*, 1743, I y II. Dupuy, *Traité de la majorité de nos rois et des regences du royaume*, 1655. Teulet, *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Ecosse*, 1862, II. Luis Paris, *Negotiations... relatives au règne de François II*, «Coll. Doc. inédits,» 1841. *Dépêches de Sébastien de l'Aubespine, ambassadeur de France en Espagne sous Philippe II*, «Revue d'histoire diplomatique,» XIII y XIV, 1899-1900. (Mayer), *Des Etats généraux et autres assemblées nationales*, X, 1789. *Archives curieuses de l'Histoire de*

France ou Collection de pièces rares et intéressantes, publicados por Cimber y Danjou, 1.ª serie, 1834-1840, IV. *Lettres françaises de Jean Calvin*, publicadas por Julio Bonnet, 1854. Pedro de la Place, *Commentaires de l'estat de la religion et république*, y Regnier de la Planche, *Histoire de l'estat de France sous François II*, «Pantheon littéraire,» reedición de 1884. *Histoire ecclésiastique des Eglises réformées au royaume de France*, nueva edición publicada por Baum y Cunitz, París, 1883, I. *Epistre envoyée au tigre de la France*, ed. Read, 1875. F. Beaucaire de Peguillon, *Francisci Belcarii Peguilionis, Metensis episcopi, Rerum gallicarum Commentarii, ab anno Christi MCCCCLXI ad annum MDLXXX*, Lyon, 1625. (La Popelinière), *Histoire de*